

MECANICAS CELESTES

Mecánicas Celestes nos cuenta la historia de una joven que abandona a su novio en el altar, justo en el momento de dar el «sí», para irse a París en busca de una oportunidad para convertirse en cantante.

Ana Mendoza apenas recoge algo de ropa y se marcha sin siquiera cambiarse el vestido blanco. Deja atrás un matrimonio que, aparentemente y por el posterior desarrollo de los hechos, no hubiera pasado de ser uno entre otros. Ana rompe con unas convenciones en Caracas y después se va a ver obligada a aceptar otras convenciones en París. Abandona su país y las seguridades del matrimonio por un exilio voluntario. Fuera de su país y en circunstancias adversas, Ana Mendoza se encuentra a sí misma y a otros que como ella también esperan llegar a conocer su destino.

Todos los personajes de Mecánicas Celestes son periféricos, subalternos que lo trastocan todo. Pareciera que Fina Torres nos propusiera leer con humor y desde los excluidos de la sociedad la situación en que se encuentra la cultura occidental. En el relato de una joven mujer que lucha por ganarse un lugar en el campo artístico nos va mostrando esas otras vidas que delatan la falsedad del discurso oficial.

Para una latinoamericana que quiere triunfar en París no es suficiente el talento. En Francia, conocida como la cuna del racionalismo moderno, hace falta la ayuda de los astros y de los brujos, las cartas astrales y los brebajes. En este fin de siglo, un homosexual y un santero aparecen como más aptos para resolver los problemas que angustian a las personas que el depurado psicoanálisis de la escuela de Lacan.

La parodia de los clichés de los franceses sobre los italianos y los latinoamericanos es el ángulo desde el cual Fina Torres ha decidido mostrarnos cómo se ven unos y otros. Los franceses no sólo marcan su territorio con respecto a los «otros», los latinoamericanos, sino con respecto a otros quizá no tan europeos como los italianos. En todo caso los estereotipos de unos y de otros se derrumban. Un santero termina hablando el lenguaje del psicoanálisis y la psicoanalista es curada por el santero. Y, tanto el francés maestro de canto como el italiano director de opera se conmueven con la voz

de Ana. Pero no es por un reconocimiento mutuo sino por el apremio de las circunstancias. Porque ya nada se encuentra en su sitio.

El lenguaje que la directora ha escogido no elude la seriedad del problema de fondo. La vida de todo inmigrante es dura. Pero para representar las dificultades que pasa una latinoamericana en Europa no es obligatorio recurrir a las secuencias ajustadas de la denuncia de los atropellos. Se lo toma con humor y eso no le impide que aparezca el dolor o la esperanza, mostrar que donde viven los inmigrantes no es el lugar más cómodo y que la vida que llevan no es para enviarlos. Pero no quedan reducidos a víctimas de un sistema excluyente, inflexible y xenófobo. Todavía los seres humanos, sobre todo las mujeres, tienen la suficiente malicia y picardía para jugar con el orden establecido, saltarse sus leyes y, con un poco de suerte, vivir. No faltan los gestos de solidaridad entre ellos. El homosexual que acepta casarse con Ana para evitar que la echen del país, la psicoanalista que es protegida por la policía, el barman que niega conocerla para no verse obligado a delatarla y las compañeras que la reciben sin preguntar casi nada.

Pero esta película tampoco oculta la soledad sola de todos sus personajes. No se ven sus lazos ni sus arraigos. Se desplazan de un sitio para otro (la casa, el café, el teatro) sin detenerse y sin que se les pueda identificar. Tanto los personajes subalternos del desprejuiciado mundo parisino como los «otros» inmigrantes se encuentran aislados en su mundo subjetivo. Para ellos la vida es un constante desencuentro. El homosexual que lee las cartas astrales mientras su novio boxeador está de viaje, la psicoanalista que todos los días llora sola en el bar sin que nadie se acerque a consolarla, pero que racionaliza explicando que es un ejercicio de relajación, el barman tímido que no se atreve a hablar con la mujer que le gusta, el director de opera y su office-boy sensible a la palmada de su jefe, el maestro de canto y su vecino encerrado en su

Wilfredo González

apartamento.

Todos están juntos pero cada quien está replegado sobre sí mismo y hace de su vida lo que le parece sin que la vida de uno le diga nada al otro. No se sabe de dónde salieron ni cómo se juntaron. Nada de sus historias concretas. Lo que fueron no parece tener mucha importancia. Ellos son sólo su presente. Por eso viven unas relaciones fragmentadas sin atreverse a ir más allá de ellos mismos. Los encuentros que se dan son puntuales guiados por el azar. Allí están, solos en medio del presente y sus circunstancias (una fiesta, la coincidencia en el bar, la intriga).

Allí hombres y mujeres parecen guiados por una especie de «mecánica celeste». Se puede pensar que es ilógico que en la sociedad de los aviones, las computadoras y los videoclips estas individualidades extremas estén presas por mecanismos astrales, pero así son las cosas. Ellos no se oponen a la versión trivial del transcurso de los acontecimientos, no quieren desenmascarar las posibles trampas de «otros mecanismos» de tipo social o económico, racial o político. Sólo quieren saber cómo salir del mal momento en que se encuentran. La suerte está echada y los astros no se equivocan. Quizá por eso no se resignan a lo que sea; el éxito tiene que llegar porque las cartas astrales así lo dicen. Están dispuestos a hacer lo que haga falta para ser felices, aunque la oportunidad nunca llegue, o que cuando llegue sea un poco tarde.

Mecánicas Celestes es una película muy sugerente. El relato vale la pena y

está técnicamente bien realizado. Ahora, hay cosas de las que disfrutamos pero no entendemos por los saltos del relato y lo desconcertante de algunas escenas. Cuando Ana está en el aeropuerto, por ejemplo, todavía vestida de novia ¿por qué nos

la identidad sexual es fundamental, ¿por qué no desarrolla la conversación entre las dos mujeres? No, en lugar de eso, vemos que se recurre al elixir que desinhibe, pero que no remedia la situación. La magia cuestiona el alcance del psicoanálisis, pero sustituye la indagación personal.

En este sentido, no deja de producir cierto desconcierto la unilateralidad que domina el relato.

Si las «mecánicas celestes» funcionan durante toda la película sustituyendo las explicaciones convencionales «racionales» del sentido, al final esas mismas «mecánicas» son incapaces de dar una explicación del sin-sentido de esas vidas. Esa explicación no se nos da. Si la directora tenía alguna explicación del sin-sentido que vive alguno de los personajes, se quedó con ella sin poder comunicarla.

El humor que atraviesa toda la película de Fina Torres hubiera ganado en profundidad si se hubiera hecho cargo también del sin-sentido que viven sus personajes.

De todos modos es interesante esa mirada llena de humor. Mecánicas Celestes nos hace reír y pensar, y eso no es nada fácil. Compartimos con ella su percepción general de los problemas que viven hombres y mujeres en estos tiempos de redefiniciones. Así se encuentra parte de esta cultura y si algo podemos hacer es reírnos un poco de todo. ■

detienen ahí?, ¿no hubiera bastado con mostrarnos el avión despegando?, ¿qué significa?, ¿la locura del viaje?, ¿la imposibilidad de dar ese paso con serenidad?, ¿la desconexión total de su entorno? O que en definitiva no importa lo que los demás puedan pensar, que cada quien piense lo que quiera porque en todo caso nunca van a acertar. O que no todo tiene que tener una explicación. Lo que realmente importa es lo que Ana siente.

Lo mismo ocurre con la escena donde la psicoanalista descubre su perturbación ante el abrazo de Ana. Si la definición de

Wilfredo González es miembro del Centro Gumilla.

